

William James (1842-1910)

William James (1924). *Psicología Pedagógica*.
Madrid: Daniel Jorro, Editor (pp. 9-17).

El deseo de los maestros de completar su instrucción y de crear una superior orientación profesional, les ha acercado más y más a nosotros los psicólogos en busca de abono para sus enseñanzas. Creo sinceramente que es un acertado camino, por lo que aspiro a que estas horas que hemos de pasar en comunicación espiritual prenderán en mis oyentes fértiles nociones fundamentales, relativas a las operaciones de la mente, con las cuales cabrá orientarse mejor en la labor propuesta.

Yo no puedo negar a la Psicología título alguno para cumplir debidamente las esperanzas en ella puestas: la Psicología debe prestar al maestro auxilio fundamental. Confieso, empero, que acaso no guarden proporción las esperanzas con los resultados de mis sencillas disertaciones; quizá sean excesivas vuestras pretensiones, porque, indudablemente, se ha ido entre nosotros demasiado lejos en la consideración dada a la Psicología, para cuyo culto se han fundado febrilmente laboratorios, cátedras y revistas, se ha hecho ruido inusitado y se la ha traído al movidizo campo de la novedad, cooperando en ello profesores ávidos de renombre y empresarios interesados en otros móviles. Así, la «nueva Psicología» ha venido a ser algo como un conjuro de portentos. La superstición se ha apoderado de un dócil entusiasmo que se ha visto pronto envuelto en la vaga atmósfera de un nuevo cientifismo que más confunde que estimula. La vaguedad ha podi-



* El texto es un fragmento del primer capítulo del libro titulado *Talks to Teachers* (1899) que recogía las conferencias pronunciadas por W. James en 1892, en el curso que, invitado por la corporación de Harvard, impartió para los maestros de Cambridge. La traducción castellana es de Santos Rubiano y fue publicada por Daniel Jorro en 1924.

do apoderarse del espíritu de no pocos maestros imbuidos de las confusas ideas vertidas en revistas y centros. La falta de independencia crítica (defecto, a mi ver, no poco extendido entre los maestros de grados inferiores) ofrece el riesgo de que puedan abusar de su posición los que se impongan desde arriba, con pérdida de la precisión, de la medida del debido equilibrio.

Intentaré, por mi parte, hacer cuanto pueda para evitar toda mixtificación, y así empezaré por decirlos que no hay tal «Psicología nueva» digna de tal nombre. No hay otra Psicología que la antigua, la iniciada en tiempos de Locke, con más una pequeña parte de Fisiología cerebral y sensorial, la teoría de la evolución y algún perfeccionamiento de pormenor en la introspección, en su mayor parte sin importancia para los maestros. Lo que realmente es trascendental para éstos son las concepciones fundamentales de la Psicología que, excepto la teoría de la evolución, distan mucho de ser novedad. Espero que al término de mis disertaciones habréis comprobado lo que os digo. Hago hincapié en el grave error que se comete al creer que la Psicología, como ciencia de las leyes mentales, es algo de lo que puedan deducirse programas concretos, métodos de enseñanza definidos, para uso inmediato en las escuelas. La Psicología es ciencia y la Pedagogía es arte; y las artes nunca han dimanado directamente de las ciencias; se necesita, pues, el intermediario de un factor inventivo que realice la aplicación artística con capacidad original peculiar.

Los hombres no piensan bien porque se atengan a los principios de la lógica científica, ni la ciencia Ética hace a los hombres honrados; a lo sumo, el auxilio científico ilumina el yerro o nos prepara a la enmienda. Ellos trazan las grandes líneas en que han de encuadrarse las reglas de arte y que éste no debe sobrepasar; queda al genio artístico el trazado interior, en el que caben, con éxitos análogos e iguales respetos, innumerables variaciones.

La Pedagogía nació en la escuela hija de la observación y de la inventiva. Aun en los casos (como el de Herbart) en que el hombre de arte es también un psicólogo, la Pedagogía y la Psicología marchan de consuno, sin que en modo alguno la primera se derive de la segunda; ambas son congruentes, ninguna subordinada. La Pedagogía no puede menos de ir del brazo de la Psicología, lo que no significa que la concordancia entre una y otra sea de un género exclusivo, es decir, que puede haber diversos métodos de enseñanza igualmente concordantes con las leyes psicológicas.

Con saber Psicología no se quiere decir que en absoluto se esté preparado para ser buen maestro. Para ello hay que poseer otras cualidades: exquisito tacto e ingenio para definir las cosas concretas; actuación con arreglo a las circunstancias de cada caso; ingenio y tacto que son el abc de la Pedagogía y que nada tienen que ver con la Psicología.

La ciencia psicológica, como cualquier otra de Pedagogía general que pueda basarse en aquélla, ofrece gran semejanza con la ciencia de la guerra, cuyos principios no pueden ser más sencillos. En la guerra todo se dirige a encerrar al enemigo en una posición de la que no le dejen escapar aun los propios obstáculos naturales si quisiera intentarlo; a echarse sobre él con fuerzas superiores cuando menos lo piense y así, con un mínimo de riesgo para el atacante, poner fuera de combate el mayor número posible de enemigos y hacer prisioneros a

los demás. Es exactamente lo que ocurre en la enseñanza: primeramente, suscitar de tal modo el interés sobre lo que se va a enseñar, que la atención quede orientada hacia el objetivo propuesto; luego, ir revelando las cosas de forma que produzcan impresión duradera; y, finalmente, dejar encendida la curiosidad por conocer etapas sucesivas o hechos relacionados con lo expuesto. Principios tan sencillos debieran siempre ganar batallas en la guerra como en la escuela, a no tener que plegarse en cada momento a la variable resistencia que el enemigo opone. La mente del discípulo, como la del enemigo, oculta sus planes con astucia y firmeza, por lo que ni el maestro ni el atacante conocen lo que el enemigo quiere o piensa, lo que sabe o no sabe, extremos a los que uno y otro han de dedicar gran parte de su esfuerzo, para lo cual de poco sirven ni la Estrategia teórica ni la Pedagogía psicológica; los auxiliares únicos serán la adivinación y la observación.

Esto no implica que carezcan de valor los principios psicológicos; su positiva importancia es indudable, primero, porque limitan el campo de la experimentación y del tanteo, ya que de antemano eliminan los métodos inútiles, y en segundo término, porque esclarecen nuestra experiencia y ratifican nuestras conclusiones, ofreciéndonos, emparejadas, práctica y teoría. Su singular ventaja estriba en que fecunda nuestra personal independencia y enciende el interés al considerar el objeto desde dos ángulos diferentes, al apreciar como en visión estereoscópica, por decirlo así, al joven que es nuestro enemigo, al tiempo que nos es dable estudiarlo y mirarlo por todos sus aspectos, infiriendo de lo que vemos lo que no alcanzamos e imaginándonos todo el entramado de su mentalidad.

A conseguir un conocimiento tal, a la vez intuitivo y analítico del discípulo, debe aspirar el maestro digno de tal nombre.

Por fortuna para los maestros, podemos muy bien darnos cuenta del mecanismo mental y conocer fácilmente la mutua dependencia de sus partes. Y como los fundamentos generales a que antes aludí son precisamente los más necesarios y útiles para el maestro, cabe lograr a poca costa el dominio de aquella parte de la ciencia psicológica que más interesa a los maestros. Cuantos simpaticen con el tema pueden avanzar en él, sin temor a perder otra cosa que la ponderación en la estima del valor psicológico, al que darán carácter meliorativo a medida que a él se entreguen, como natural resultado de la mayor estimación a las personales tendencias.

Para la gran mayoría de los maestros bastará con un examen general del asunto, examen cuyo objetivo acaso cupiera en la palma de la mano. Ante todo, borrad de vuestra mente la idea de que, como maestros, os veáis obligados a contribuir al progreso psicológico o a hacer trabajos experimentales. Mucho me temo que el estudiar Psicología sea ya con el parti pris de hacer algún estudio especial sobre el niño... Estudiad al niño, haced observaciones, estadísticas y tantos por cientos. El estudio del niño enriquecerá vuestra propia vida; y si los resultados considerados por el método estadístico, acaso sean triviales, en cambio lo anecdótico y lo concreto os dará un íntimo conocimiento del discípulo. La analogía de lo visto con lo leído os ratificará en el concepto que tuvieseis de los procesos mentales, lo que de otro modo nunca hubiereis contrastado; mas, ¡por amor de Dios!, no os decidáis a trasportar materiales psicológicos ya sobrantes; preferible es que deis tranquilamente vuestras lecciones a que os perdáis en una labor in-

investigativa como un deber, careciendo de vocación para ello. Adhiérome de todo corazón a la opinión del profesor Münsterberg cuando dice que la actitud del maestro frente a su discípulo deber ser concreta y ética, opuesta por completo a la del psicólogo, que es abstracta y absoluta, y, aunque quepan en algunos maestros diversas aptitudes, no pocas hállanse en conflicto.

Nada peor para un buen maestro que tenerse a menos profesionalmente por no creerse capaz de ser un psicólogo. Mas conviene saber que es mucha la carga que pesa sobre nuestros maestros, por lo que debe considerarse enemigo de la instrucción quien intente aumentarles aquélla en un ápice. La falta de confianza en sí mismo hace más penoso el esfuerzo; y yo sé que el estudio psicológico del niño, nueva carga para los maestros, ha suscitado su desconfianza.

¡Qué satisfacción si con mis leves admoniciones logro ahuyentar la desconfianza fomentada en nosotros por la mixtificación en que tanto he insistido! El mejor maestro no será acaso el más pobre contribuyente al estudio del niño, ni el mejor investigador, el que menos sirva para enseñar; esto es casi un axioma.

Con lo dicho, expuesto queda cuanto en mi opinión debe ser la del maestro en el asunto de que voy a ocuparme.

COMENTARIO

La consideración de que los inicios de la psicología científica americana se inspiraron en el pensamiento de William James (1842-1910), es prácticamente unánime. No sólo sentó las bases de lo que históricamente se identifica con el funcionalismo americano, sino que, como muestra en sus *Principios de Psicología* (1890), fue capaz de sintetizar el conocimiento psicológico existente en su época y elaborar a partir de él una posición original y sumamente fecunda. Pero tal fecundidad, no deriva de sus aportes teóricos concretos que apenas fueron más allá de la teoría de la emoción, desarrollada simultáneamente a Lange (1884). Tampoco patrocinó un programa de investigación estructurado que diera pie a la constitución de una escuela formalmente constituida, tarea que emprendió más tarde Stanley Hall. Finalmente, ni siquiera aparece entre los grandes fundadores de sociedades o medios de difusión de la psicología científica.

La originalidad, el interés y la actualidad de la figura y la obra de James reside en su coherencia científica y en el talante con el que encaró su objetivo: construir una ciencia que fuera psicología en lugar de hacer de la psicología una ciencia. En aras de este empeño mostró los caminos que la «nueva ciencia» debía seguir y la llevó mucho más allá de los límites del laboratorio. Aunque es cierto que, antes que él, otros psicólogos, singularmente Ebbinghaus, habían adoptado criterios similares haciendo incursiones en la escuela y en el terreno clínico, fueron los planteamientos de W. James los que dotaron de consistencia teórica a tales intentos.

En efecto, imbuido de espíritu evolucionista, consideró que la actividad humana, como la de cualquier otro ser vivo, está orientada a la adaptación. De ahí que la conciencia no sea para él más que el conjunto de procesos que, condi-

cionados por la acción cerebral, auxilian al ser humano en su necesidad de adaptarse a las condiciones ambientales y que la psicología, como ciencia de las utilidades de la conciencia y sus condicionamientos biológicos y ambientales, se ocupe de su investigación. Pero evidentemente, los procesos y actividades mentales (pensamiento, atención, percepción, instinto, voluntad, emoción, etc.) se producen en cualquiera de los ámbitos en los que cada ser humano desenvuelve su actividad vital. En consecuencia la investigación psicológica puede y debe desarrollarse, además de en el laboratorio, en aquellos lugares y ambientes en los que se producen dichas actividades.

Las consideraciones de James alcanzaron también a las cuestiones metodológicas. Aunque él nunca fuera un verdadero experimentalista, impulsó y promovió con ahinco el uso de la experimentación, pero, fiel a su postura pragmática, matizó que, más que la aplicación estricta y a veces forzada de una metodología experimental, que a menudo desvirtuaba el objeto mismo que pretendía estudiar, se trataba de preservar el objeto eligiendo y adecuando los métodos en función de los problemas y del ámbito en el que se producían.

Así pues, el mensaje de W. James, recogido y desarrollado posteriormente por sus discípulos, abrió perspectivas innovadoras para la psicología no tanto en el sentido de legitimar las aplicaciones de los conocimientos obtenidos en el laboratorio a las actividades cotidianas de las personas, sino en el de que son esas mismas actividades las que suministran al psicólogo el material sobre el que investigar y trabajar. Esta perspectiva, que hoy calificaríamos de ecológica, le permitió conjugar con éxito su defensa de la experimentación con una actitud conceptual y metodológica tan crítica como ecléctica y abierta.

Con la misma actitud supo integrar a la psicología conocimientos filosóficos y fisiológicos sin que ello supusiera mixtificación alguna, antes al contrario, deslindaba clara y explícitamente las competencias disciplinares y profesionales planteándose problemas, como el tratado en el texto, que, aunque con otras connotaciones derivadas de las diferencias contextuales, son evidentemente interesantes hoy no sólo por el hecho de que la fundación de la psicología pedagógica por parte de John Dewey fue una de las consecuencias de la enseñanza de James, sino también porque los problemas de la educación, la escuela y las relaciones entre la psicología y la pedagogía, son temas actuales. De su presencia ya a principios de siglo no ha de deducirse que la psicología se ha desarrollado poco, o que los avances de la pedagogía han sido pobres, sino el hecho básico de que las cuestiones de fondo, que son las realmente importantes, exigen su continuo replanteamiento.

La educación es para James tarea prioritaria para el desarrollo de los individuos y los pueblos. Su finalidad es organizar las capacidades de reacción de los alumnos de forma que, a partir de su equipamiento congénito, desarrollen nuevas posibilidades de acción. El desempeño de este cometido requiere la concurrencia del conocimiento de ciertas leyes psicológicas, pero compete a los maestros. Son éstos los que pueden auxiliarse críticamente de aquéllas para conseguir un mejor conocimiento del alumno, pero la forma en que lleven a cabo su trabajo no deriva de la ciencia psicológica, sino más bien de la capacidad pedagógica que cada maestro posea.

Cómo establecer ahora las relaciones de ambas disciplinas en su verdadero contexto, es decir en la escuela de finales de siglo, y cómo enfocar la formación de los profesionales que deberán desempeñar su cometido en ella son las cuestiones que James nos deja planteadas.

*M^a del Carmen Giménez
Universidad de Barcelona*